

## El Tepozteco y el antropófago: relato oral náhuatl

En la comida del 19 de marzo, que anualmente ofrecen los vecinos del barrio de San José, en Tepoztlán, Félix Noriega Díaz, de setenta y nueve años, originario del lugar, me halagó con su versión, adaptada a los tiempos modernos, de un antiguo y conocido mito, que fue traduciendo del náhuatl, intercalando algunas frases en esta lengua para que me enterara de que “suenan” mejor que en español. La transcribo literalmente, exceptuando tales frases, que no puedo repetir, y algunas, escasas, mulcillas de la oralidad (como “este” y “pues”). En las notas de pie de página he registrado las variantes que los escuchas fueron aportando.

Este relato actualmente es considerado como literatura oral que preserva la gente sabia, o, más específicamente, como un cuento maravilloso que los ancianos repiten con una excelencia que los jóvenes no tienen, según creencia popular. Sin embargo, no sólo es un cuento que alegra el tiempo libre de los nativos, sino que entre ellos aún merece cierta credibilidad porque los re-liga, y, ante esta circunstancia, no importa si las simbolizaciones todavía son interpretables por todos y si la anécdota que comunica ocurrió o no. También cada 8 de septiembre los religa la puesta en escena (el *altepeilhuitl*) de otro suceso legendario protagonizado por el mismo héroe, a saber, su conversión al cristianismo y su exitosa labor proselitista con los señores de Tlayacapan, Oaxtepec, Jiutepec y Cuernavaca. En esta fecha se alumbran con hachones los restos de la pirámide, el último vestigio de un poderoso centro ceremonial prehispánico. Anteriormente, hasta ella se subía en andas a un individuo que representaba al Tepoztécatl. En este último

nombre propio se han acabado mezclando un legendario rey del siglo xvi y Ometochtli (Dos Conejos), primitivo dios del pulque, de la fecundidad, de la cosecha y, por las simbolizaciones que se recogen en este relato, del viento y los truenos, lo que se confirma porque, cuando vino de paseo a la Ciudad de México, el Tepozteco estuvo soplando hasta que un fuerte remolino elevó la campana de la Catedral hasta su sitio, hazaña que no pudieron realizar los simples mortales con poleas. Él cumplió muchos centenares de años. Resistió fuertes sacudidas culturales. En realidad, este Moisés y Jonás americano es inmortal, o debería serlo, porque es un imaginario colectivo que da personalidad a los lugareños, quienes aseguran que este antepasado suyo otrora dejó sus huellas en la naturaleza del lugar. Él todavía es símbolo de los tepoztecos, o debería serlo, porque ¿qué les quedaría si los procesos de masificación engulleran sus tradiciones orales? Y ¿qué nos quedaría a nosotros si la literatura que pasa de boca a oído fuese engullida por los medios masivos de comunicación?

MARÍA ROSA PALAZÓN

*Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM*

En el Cematzin<sup>1</sup> hubo un reinado que no sé cómo se llamó.<sup>2</sup> Los reyes de allí tuvieron una hija, la princesa. Las criadas bajaban al río<sup>3</sup> a lavar la ropa, acompañadas por la princesa. Mientras está lava que lava, ella se baña. Y siempre al bañarse descende un cardenal y se posa en su hombro. Salta y canta. No deja de cantar. Vuelve a saltar y canta en el aire.<sup>4</sup>

Como dentro de seis meses, el rey se percató de que la princesa está embarazada. Le notificó a la reina el estado de su hija. La madre lo negó.

<sup>1</sup> Topónimo náhuatl que significa Cerro de una Mano.

<sup>2</sup> La región fue habitada por los tlahuicas, de idioma náhuatl, con influencia de los olmecas, toltecas y aztecas.

<sup>3</sup> La acción también se ubica expresamente en el arroyo Axihitla, que se une aguas abajo con el río Atongo, afluente del Yautepec.

<sup>4</sup> Variante: el pajarillo se dejaba acariciar, y ella se lo puso amorosamente en el pecho. Otra variante sustituye a este animal por el viento.

—¿Cómo puede ser, si nunca hemos visto a ningún joven que venga a darse sus vueltas?

—Cuidala —le manda él. Ya veremos si me equivoco.

Días más tarde, le pregunta a su mujer:

—¿Qué piensas de nuestra princesa?

—Es cierto lo que sospechas, aunque no hayamos visto a ningún joven por acá. Quizás las criadas que van al río sepan algo.

No mintieron: no habían visto a ningún joven, sino al pájaro que llaman cardenal, al pájaro rojo que se sentaba sobre los hombros de la joven, el que saltaba y en el aire se ponía a cantar.

—¿Siempre se repite lo mismo?

—Sí, siempre.

Los reyes sospecharon que el pájaro podía haber hecho el mal. Esperaron y esperaron hasta que la princesa dio a luz.

Cuando el niño nació, lo fueron a echar a un hormiguero. Las hormigas, en vez de comérselo —antes al contrario—, le arrimaron la colita de las flores para que les chupara el néctar.<sup>5</sup> El criado que el rey envió para que le informara qué fin tiene la criatura, a su regreso le notifica que está lleno de vida. Hasta chapeado.

—Échenlo abajo del maguey, ordena entonces.

Pasa el tiempo. El criado informa que el niño todavía está igualmente sano, porque el maguey se agachó para obsequiarle su aguamiel<sup>6</sup> y cubrirlo del sol quemante.

La tercera intención fue la del agua. Metieron a la criatura en un baulito, para que se ahogara en el río; pero este niño caminaba por encima del agua.

Cerca [del río] están un señor y su esposa, ya abuelitos. Mientras ella se pone a lavar, el señor se pasea para distraerse. Se encuentra con la cajita que flota. No se atreve a meterse en el agua, hasta que le comunica a su esposa lo que ha visto.

—¿Qué contendrá ese baulito?

—Quién sabe qué tendrá.

—Si quieres, vamos.

La señora le responde:

—Vamos. Quizá Dios nos socorra con un poco de suerte.

Llegaron adonde se encontraba la caja.

—Ve a traerla, dijo la viejita.

<sup>5</sup> Variante: las hormigas le daban gotas de miel.

<sup>6</sup> Al fermentarse la aguamiel, o jugo del maguey, se produce el pulque.

El señor se metió en el agua. Vuelve con su esposa. Ya les andaba por saber qué contenía el baúl. Al abrirlo se encuentran al niño.

Los vecinos se preguntan cómo ha de criarlo una señora de noventa años.

—¿Cómo lo vamos a criar si tenemos noventa años? ¿Cómo le darás ese pecho seco y enjuto?

—Yo pongo fe en Dios de que me ha de caer la leche.

A los pocos días sucedió: le cayeron los pechos<sup>7</sup> y amamantó al niño. Éste fue creciendo hasta que pudo comer tortilla y hasta que llegó a la edad de cinco años.<sup>8</sup>

—Háganme una resortera<sup>9</sup> para matar pájaros.

Se acuesta sobre la tierra: cada resorterazo caiba<sup>10</sup> un pájaro. Con éstos mantuvo a sus abuelos.

Después pide que le hagan un arco con sus flechas. Tiraba la flecha, caiba un conejo o un venado.<sup>11</sup>

Al abuelo le llegó la hora: de la presidencia le avisaron que debía ir con la serpiente<sup>12</sup> llamada Xochicácatl o antropófaga. El muchachito<sup>13</sup> escucha que su abuelo sería comido por la serpiente.

—Prepáreme dos bolsas, le pide a su abuela.

Ella le hizo el cumplimento: se las preparó.

<sup>7</sup> El informante sostuvo su versión a pesar de las protestas del público.

<sup>8</sup> Variante: tenía quince años. Esta edad puede ser significativa. ¿Sugiere acaso que el joven será iniciado? Obsérvese que carece de nombre propio hasta después de que sale de la barriga del monstruo, igual que frecuentemente lo cambiaban o adquirían los que eran iniciados en la edad adulta o en algún oficio, como el militar, por ejemplo. Un dato curioso es que en Malinalco, serranía muy parecida a la de Tepoztlán, existe un templo al que entraban los Caballeros Águila y Tigre (organizaciones militares prehispánicas) a través de las fauces de una cabeza de serpiente esculpida.

<sup>9</sup> *Resortera*: tirador manual de hule con que se catapultan piedras u otros objetos.

<sup>10</sup> *Caiba*. Forma arcaica generalizada en ambientes rurales.

<sup>11</sup> Variante: aprendió a manejar las armas para alimentar a sus padres adoptivos, los cuales, a su vez, le enseñaron el curso de los astros, a labrar la tierra y el uso de plantas medicinales, o sea, los secretos astronómicos que se manejaron en Xochicalco y la "brujería" que aún manejan los "médicos" tepoztecos.

<sup>12</sup> Variantes: era un monstruo, dicen unos; un gigante, objetan los otros. Xochicácatl es un nombre gentilicio que significa habitante de Xochicalco ('Casa de las Flores', sitio arqueológico cuyos orígenes datan del año 900 D.C.), donde existe el templo de las Serpientes Emplumadas.

<sup>13</sup> Nótese que el hablante enfatiza la edad temprana del protagonista.

Llegaron los de la Veintena, los soldados del gobierno.<sup>14</sup> Después de saludar, llaman al abuelo. Él sale a la puerta.

—Acompáñanos.

El chamaquito sale corriendo, les ruega que no se lo lleven, que va a ir en lugar de él. Los de la Veintena no aceptan. Ya encaprichado, dice:

—Mi abuelo no va a ninguna parte porque lo va a cuidar mi abuelita.

Se encaprichó hasta que se convencieron del cambio. Se llevan al niño. Al marcharse advierte a sus abuelos:

—Vayan a Cozcatzinco —lugar del collar o de las joyas (una lomita desde la cual se divisa, hacia el sur, Xochicalco). Si aparece en el cielo una nube negra, se perdió la guerra. Si aparece una blanca, se habrá ganado. Permítanme tantito, señores, que voy a mi casa.

Se metió a su hogar. Trajo las dos bolsas, el arco, las flechas y la resortera. Ya en camino, donde veía pajaritos les disparaba con la resortera; donde veía un conejo le tiraba con las flechas.

Los de la Veintena lo pierden de vista. Se les adelanta. Mal fijados, porque no se enteran de cuándo los pasa. No pararon de admirarse de cómo se entretiene y después los rebasa.

El niño va recogiendo piedras de pedernal y esos pedazos de vidrios que ensucian las estrellas, los que vemos en la noche caer, y son los meteoritos.<sup>15</sup> Alzaba y alzaba, metiéndolas en su morral.

Llegaron a Xochicalco, donde vivía el antropófago o Xochicácatl, quien les preguntó dónde estaba el viejo. Los de la Veintena contestaron:

—Este niño que traemos aquí vino en lugar de su abuelo, porque se negó a que lo trajéramos: quiso que se quedara bajo el cuidado de su abuelita.

El antropófago los regañó:

—No hubieran aceptado, porque este niño no me va a satisfacer, no saciará mi apetito.

Pero como estaba muy hambriento, se conformó.

—Échenlo al horno.

Lo metieron adentro, en un cazo, y se pusieron a vigilar si ya estaba en su punto.

<sup>14</sup> Antiguos cuerpos de la guardia civil que se componían de veinte individuos.

<sup>15</sup> Variante: recogió obsidianas (en náhuatl "mierda de estrellas") con las que se fabricaban armas filosas que, a su tiempo, le sirvieron al héroe para desgarrar las entrañas del monstruo. En nuestro relato el dato de que el protagonista recogía piedras queda sin continuidad.

*Cuando era gallo, saltaba y cantaba; cuando era chivo gritaba mee, mee; cuando era guajolote hacía glu, glú.*<sup>16</sup> (Por eso mismo nos dicen brujos a los de Tepoztlán: porque él se miraba de uno u otro modo).

—Basta. Tráiganmelo, así me lo como, dijo el Xochicácatl. Sacaron al chamaquito. Se acuesta boca arriba, se encoge. El antropófago abre la boca y lo jala con el vaho. Antes de que lo remuela, el Tepoztécatl, rápido, se le adentra hasta el estómago. La serpiente se siente llena, satisfecha. Más después de pasada una hora, exclama:

—¡Cómo me satisfizo! La próxima vez me traen otro igual a éste.

Acomodándose dentro del estómago, maniobraba muy contento. Le dieron retortijones al Xochicácatl, precisamente porque la criatura maniobraba dentro de su estómago. Aquél se echó un pedo y salió el Tepoztécatl. Al mismo tiempo apareció una nube blanca.

Los abuelos y sus invitados, que estaban en la lomita de Cozcatzinco, sintieron harto gusto.

El Tepozteco le había dejado dicho a su abuela que a su regreso le prepararan mole verde con calabaza muerta.<sup>17</sup> Se lo prepararon.

Mientras tanto, él se vino rumbo a Cuernavaca, donde se organizaron festejos celebrando el fin del vasallaje. Fue recibido al son de la música; pero él llegó, sin ser reconocido, a un comedor. En este sitio se transformó en perro. Lo correataron a garrotazos. Salió gritando de dolor.

Se transformó en un niño chamagoso. Intentó entrar nuevamente. No lo consintieron. De vuelta lo sacaron a garrotazos.

Por fin entró como una persona de mucho *fifirucho* (que es muy fina, pues). Los de adentro le mandaron al mesero que sirviera su plato en la misma mesa, para que el Tepoztécatl conviviera con ellos. Entonces, en lugar de comerse el guiso, se lo embarra en el vestido y mete la carne en las bolsas. Los comensales quisieron corregirle tan malas costumbres.

—Ustedes aprecian el vestido, no a la persona, les recriminó.

Después de charlar un rato, quedaron en la conformidad.

Los músicos estaban tocando las maracas, el teponaxtle y las chirimiyas.<sup>18</sup> El Tepoztécatl les pide los instrumentos en préstamo. Ejecuta

<sup>16</sup> El hablante repite en náhuatl todo este fragmento.

<sup>17</sup> En Tepoztlán aún se cocina mole verde (guisado de pepita de calabaza y algunas verduras) para los velorios. La calabaza muerta es la que se agita y, como efecto de esta acción, deja de desarrollarse. Quienes la han comido afirman que sabe a carne.

<sup>18</sup> *Teponaxtle*: especie de tambor cilíndrico de madera hueca. En Tepoztlán algunos le dicen "chirimíya" a la chirimía.

unas bonitas melodías que nunca se habían oído. De momento, viene un ventarrón fuertísimo. Se levanta una polvareda que ciega a todos los presentes.

Cuando logran abrir los ojos, el Tepozteco había desaparecido. Se hallaba tocando en el aire. Los del comedor pidieron ayuda al gobierno. Trataron de atraparlo. En una calle alta de Cuernavaca se orinó, haciendo una gran barranca que no se podía pasar (después ahí construyeron el Puente de Porfirio Díaz). Él los retaba para que lo alcanzaran.

Se sentó a descansar en el cerro del Tesoro.<sup>19</sup> A lo lejos seguían sonando las melodías que tocaba. Cuando los vasallos del gobierno llegaron al cerro del Tesoro, él estaba en el Tlacaltépetl.<sup>20</sup> Cuando llegaron al Tlacaltépetl, él estaba en otro cerro. Los vasallos machetearon este lugar, por eso tiene corredores.<sup>21</sup> Después subió al cerro donde está su casa —la Casa del Tepozteco—, y desde allí decía:

—Que venga el gobierno de Cuernavaca y vengan sus ayudantes de Tlayacapan, que vengan los de Yautepec y Jiutepec (que lo perseguían porque había robado los instrumentos).

Llegaron éstos y, finalmente, dejaron de pelear: se dieron un abrazo. Pero ésta ya es otra historia.<sup>22</sup>

<sup>19</sup> El nombre náhuatl es Chalchitépetl.

<sup>20</sup> Cerro del Hombre. Es característica de Tepoztlán la serranía que lo rodea, formando una herradura.

<sup>21</sup> El narrador se refiere a los Corredores del Aire. Variante: antes de ir a Xochicalco, el Tepozteco abrió con sus brazos los Corredores, que le sirvieron como observatorios astronómicos.

<sup>22</sup> El informante es fiel a la tradición tepozteca de unir dos historias. Veamos. Según la relación de 1580 de Juan Gutiérrez de Liévana, en Tepuztlán adoraban al “diablo” llamado Ometuchtli, que tuvo como sobrenombre Tepuztécatl. Varios siglos después este dios, ahora convertido en gobernante, ayudó a fray Domingo de la Anunciación a derribar al “ídolo” de Ometochtli. Fue bautizado (aún se conserva la Cruz del Bautisterio) y, después de vencer las oposiciones de los señores comarcanos (los que enumera líneas antes don Félix), logró convertirlos.